

Juan Carlos Reche.

*El dolor y la velocidad.*

Sevilla, Renacimiento, 1999.

Pedro Russo.

Como es sabido, durante mucho tiempo se creyó que un libro de poesía *debía ser* antes que nada el fruto, la expresión de la creativa *personalidad* de su autor. Todavía hoy son muchos los que están dispuestos a sostener esa idea; aunque parece que cada vez son más los que aceptan esta otra —desde luego menos sublime— de que un libro de poesía puede obedecer a las motivaciones e intereses más dispares. Ahí están, por ejemplo, esos poemarios que nacieron de la preocupación de sus autores por los *modos y maneras*. Libros de impecable *factura*, que tienen su origen en esa generosa concepción caligráfica de la poesía, según la cual, al margen de lo que se diga, un *buen* poema es un poema *bien* escrito.

Pero, más allá de las intenciones o de los recursos de estilo, hay un aspecto que, en mi opinión, está siempre presente, de uno u otro modo, implícita o explícitamente, en cualquier discurso poético. Algo a lo que nunca puede sustraerse el poeta, y que para mí constituye uno de los retos que ha de afrontar necesariamente el lector: cómo *dialoga* el autor con su tiempo y con sus contemporáneos. (Digo intencionadamente tiempo y contemporáneos para no perderme en la evanescente liturgia que evoca un término tan sacramentalmente serio como *tradición*). Cuando leo un libro de poesía, sobre todo cuando leo un *primer* libro de poesía, me interesa comprobar cómo el autor establece afinidades y distancias, cómo administra sus dudas y sus certezas, con quién o con qué se identifica, de qué modo resuelve sus incertidumbres y sus perplejidades; saber, en fin, qué quiere, qué pretende, para qué y por qué demonios ha escrito este o aquel poema.

*El dolor y la velocidad*, el primer libro de Juan Carlos Reche (Córdoba, 1976), no es, desde luego, uno de esos libros aburridamente perfectos en los que cada emoción está en el lugar que le corresponde y cada verso cumple la función ya prevista de antemano. Desde el propio título —que a mí, lo confieso, no me acaba de sonar bien—, hasta el aparente descuido compositivo de algunos poemas, pasando por la voluntaria

*irregularidad métrica de sus versos, se trata de un libro, probablemente desigual, que revela la voluntad y aun la necesidad de situarse “a este lado del corazón”. Ello, en principio, no quiere decir sino que Reche parece dispuesto a transitar por caminos distintos a esos otros por los que discurren serena y melancólicamente cientos de endecasílabos blancos. Dispuesto, por ejemplo, a expresar la incertidumbre o el vértigo, a nombrar la orfandad o el desarraigo, sin incurrir necesariamente en la sensata y confortable elocuencia de tanto y tan redundante sentimiento elegíaco.*

Y sin embargo, Reche no ha podido —o no ha querido— evitar la presencia en su primer libro de un *sujeto* que desde hace mucho tiempo protagoniza —desde luego, con solvencia— algunas de las claudicaciones ideológicas del discurso poético contemporáneo. Nada más comenzar la lectura, desde el primer verso del primer poema (“Recuerda, de la vida, su cinismo”), nos asalta esa voz, ciertamente familiar, que, como en tantas otras ocasiones, declara su insatisfacción y enuncia una pérdida. A medida que avanza la lectura, detrás de esa voz se adivina enseguida el gesto equívoco y borroso de un ubicuo personaje. Se trata de un individuo que se jacta de haber cometido algunos errores importantes en la vida (aunque no sabemos cuáles), que dice que arrastra ciertos desengaños (que ignoramos), y que viene cargado de unos recuerdos que no nos refiere, pero que le han dejado un sabor amargo en la boca. Un individuo que, como se ve, juega con la prevista sombra.

Lo primero que llama la atención es su presuntuosa arrogancia. Este individuo, que naturalmente se considera un “extranjero”, es en realidad un *tío listo* que viene ya de vuelta y que se las sabe todas; alguien “con la lección bien aprendida”, después de “tanta derrota”. Escéptico y desconfiado, “ya sabe de lo inútil de vivir sin trampas”, y sabe también —lo cual revela su inexcusable relativismo moral— que todo depende de “la forma que cada cual tenga de iluminar a sus amantes”. Pesimista y desengañado, para él el presente no merece la pena, y descreo, por supuesto, de cualquier proyecto de futuro. Si acaso, “a veces recuerda algo, siempre triste, de la vida”. Su única certeza es que “todo acabará muy pronto” y que al final no habrá encontrado aquello que alguien (¿quién?) le prometió en un sueño. En este lamentable estado parece que sólo le queda “dominar la tristeza, / aplazar el dolor”. Tal vez

por eso se conforma con sobrevivir, “amarrado a las cosas menores”, escribiendo versos “desde algo que se acaba”. Y es que, en ésta como en tantas otras cosas, la poesía —que cómo no es una cuestión de *memoria*— se convierte de repente en un unguento mágico y reparador, en una especie de bálsamo (o venda) para aliviar la herida (o desviar la mirada).

Hasta aquí, pues, todo en orden: las previstas respuestas a las preguntas de siempre.

Claro que si le quitamos la máscara a este narciso arrogante que se siente vencido sin haber librado probablemente ninguna batalla, nos encontraremos con un *sujeto* confuso y desorientado, que no distingue entre realidad y sueño, que se siente “indefenso / sin un altar fijo o una fecha / concreta, disimulando ritos”, y que tiene miedo a afrontar sus propios retos, “a conocer el dolor propio”. ¿Y qué vemos entonces? Un individuo que, “mendigando una dirección cualquiera, / un eje para el que girar”, en su confusión siente la nostalgia de un orden fracturado (necesita “poner las cosas en su sitio”), y en su desamparo se duele incluso de la ausencia de un dios reparador: “No sigas así, de vacaciones” —parece que grita— “Baja, y haremos una fiesta” (...) “Pero (...) / que baje el de antes / el que nos hacía soñar / (...) Eso necesitamos”. Y entonces es cuando estalla la sublime decisión: “No voy a dejar de interpretar / poemas vacíos como éste”.

Si el libro —o mi lectura— se quedara aquí, en la redundante imagen que proyecta en el espejo “alguien que se parece mucho” a la voz que habla en el poema, no tendríamos, como ya he apuntado, sino las previstas respuestas a las preguntas de siempre. Eso sí, formuladas con eficacia, e impregnadas de ese tono aparentemente reflexivo y de esa presunta intención moral que define a una de las tendencias de la poesía española más reciente.

Ocurre, sin embargo, que Juan Carlos Reche va un poco más allá. Y es aquí precisamente donde —si mi lectura no es errónea— radica el interés de este libro. En *El dolor y la velocidad* Reche no sólo da muestras de su versatilidad, sino también y sobre todo de su capacidad para escribir algunos poemas que, “a este lado del corazón”, cristalizan en emociones, sin que ese ubicuo y estéril personaje se inmiscuya demasiado. Poemas como “Insert Coin”, “Las luces de los cuerpos” o “En un corazón concreto”, donde el poeta afronta no las respuestas previstas, sino las preguntas necesarias.

Así, frente a esa concepción, sin duda fértil y reparadora, de que todo discurso poético es ficción —lo que puede convertirse en un modo de neutralizar la responsabilidad del poeta—, en “Insert Coin” Reche afronta la dificultad de establecer los límites, de fijar las fronteras entre lo real y lo imaginado, entre lo que es juego, simulacro, y lo que más allá de esa pose, de esa ironía de laboratorio, de ese acomodaticio y estetizante cinismo postmoderno, llamamos realidad. ¿Bombardear Líbano o jugar a bombardear Líbano? ¿Hay alguna diferencia? Sí, y el poeta debe saberlo: lo que vemos en la CNN no es algo ficticio sino real, por más que algunos cómplices canallas se empeñen en borrar esa frontera.

En “Las luces de los cuerpos”, en un cinematográfico plano secuencia, el poeta aún melancolía y ternura, sin más, sin concluir en nada, sin juzgar torpe y arrogantemente a sus personajes. Sólo nos deja una sugerencia, una sospecha: “aquella otra luz / que no sabe bien en dónde demonios se ha metido / era el amor”. Finalmente, de “Un corazón concreto” quiero retener, más allá de la anécdota, los tres primeros versos. Me sugieren algo más que una provocación; mucho más que una imagen; más, mucho más que simples palabras en hilera: “¿Cómo volver del infierno / si usamos las mismas palabras de siempre / para encontrarnos?”.

¿No se adivina aquí todo un reto para la poesía de mañana para quien “mirando / desde esta página / aún escribe versos / desde algo que se acaba”?

